

pañar por un húsar. El golpeteo del sable las hubiera horrorizado.

El cura miraba fijamente al muerto.

Dirigiéndose á mí, al cabo, dijo:

—¡Ah! ¡Qué torpeza! ¡Qué infamia!



## EN EL BOSQUE

EN el momento de sentarse á la mesa para almorzar, supo el alcalde que había llegado á la Casa de la Villa el guarda del Concejo con dos detenidos.

En seguida salió á enterarse de qué se trataba, y, efectivamente, halló al guarda, el tío Hochadur, de pie, vigilante, sin quitar ojo á un señor y una señora, ya maduros, como si temiera que tratasen de huir.

El señor era gordo, con la nariz enrojecida y el pelo blanco; parecía muy abatido por aquel suceso; mientras que la señora, regordeta, peripuesta, con las mejillas relucientes, miraba con ojos insolentes al guarda que los había capturado.

El alcalde preguntó:

—¿Qué ocurre, Hochadur?

El guarda hizo su denuncia.

Había salido por la mañana, á la hora de costumbre, para cumplir su misión, recorriendo los bosques de Champioux hasta los linderos de Argenteuil. No había notado nada que mereciese referirse, aparte de que hacía buen tiempo y que los trigos amarilleaban, ofreciendo una buena cosecha, cuando el hijo de los Bredel, que se hallaba cavando su viña, le gritó:

—¡Eh! ¡eh!, ¡Hochadur! En el sotillo puede usted encontrar una parejita de palomos que suman entre los dos más de ciento veinte años.

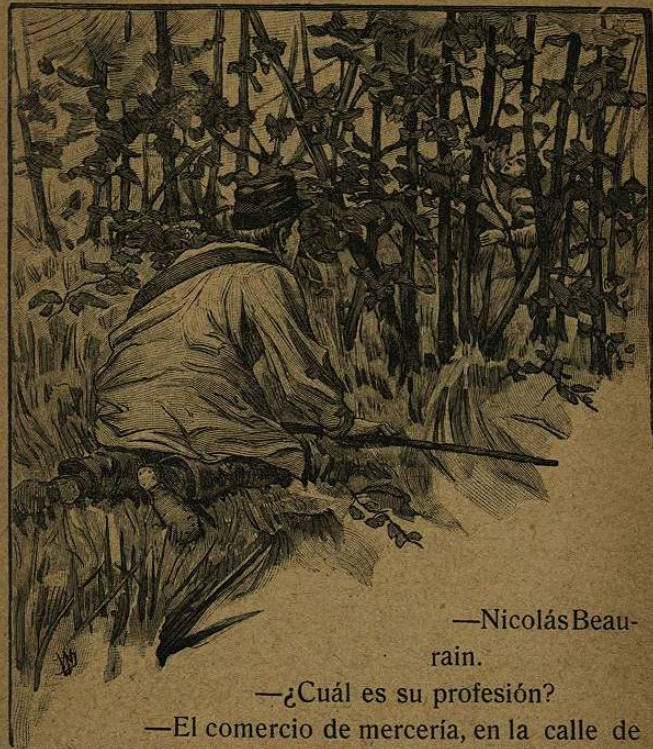
El guarda fué al sotillo, y entre un matorral oyó frases confusas y suspiros, que le hicieron suponer un flagrante delito de malas costumbres.

Con el mayor sigilo, avanzando á gatas, como lo hacía para sorprender á los cazadores furtivos que ponen lazos á los conejos, pudo interrumpir los goces de la criminal pareja cuando se complacía entregándose á su amoroso instinto.

El alcalde contemplaba estupefacto á los culpables. El hombre no tendría menos de sesenta años, y la mujer cincuenta y cinco bien cumplidos.

Comenzó el interrogatorio, dirigiéndose primero al varón, que le respondía con voz muy débil, apenas inteligible.

—¿Cómo se llama usted?



—Nicolás Beau-  
rain.

—¿Cuál es su profesión?

—El comercio de mercería, en la calle de los Mártires de París.

—¿Qué hacía usted en el bosque?

El comerciante quedóse mudo con la cabeza inclinada sobre su abultado vientre y las manos caídas sobre sus muslos.

El alcalde insistió:

—¿Niega usted lo que afirma el agente de la autoridad municipal?

—No, señor.

—Luego ¿usted se confiesa culpable?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted algo que alegar en su disculpa?

—Nada; no, señor.

—¿Dónde ha encontrado usted á su cómplice?

—Iba conmigo, señor alcalde; es mi mujer.

—¿Su mujer? ¿Su esposa?

—Sí, señor alcalde; mi esposa.

—Pero... pero... ¿no viven ustedes juntos... en París?

—¡Ya lo creo! Vivimos juntos, señor alcalde.

—Pues... no lo entiendo... Como no sea usted loco... un loco rematado... Es una locura venir á eso al bosque, á las diez de la mañana.

Al comerciante le faltaba poco para romper á llorar, avergonzado, y murmuró:

—¡Ella me lo propuso! ¡y toma! ¡y dale! Demasiado sé yo que hice una barbaridad. Pero, ¡cuando á una mujer se le ha metido una cosa en la cabeza...!

El juicioso alcalde, hombre de buen-humor y aficionado á bromas, replicó sonriendo:

—No se le saca fácilmente... Y en lo más apurado... ¡llega el guarda!

Entonces el señor Beaurain, dirigiéndose furioso á su esposa, dijo:

—¿Ves á lo que nos conduce tu poesía? ¿Lo ves? ¡Un proceso, una condena, por atentado contra la moral pública! Tendremos que cerrar la tienda ó traspasarla para irnos á un barrio donde nadie nos conozca. ¿Lo ves?

La señora de Beaurain se levantó, y sin mirar á su marido, sin turbarse poco ni mucho, sin melindres pudorosos, decidida, explicóse:

—Ya sé que nos hallamos en ridículo, señor alcalde; pero, ¿me permite usted que defienda mi causa como un abogado, mejor aún, como una pobre mujer? Tengo la certeza de que después de oirme, nos dejará usted que volvamos á nuestra casa, libres del bochorno de una denuncia semejante.

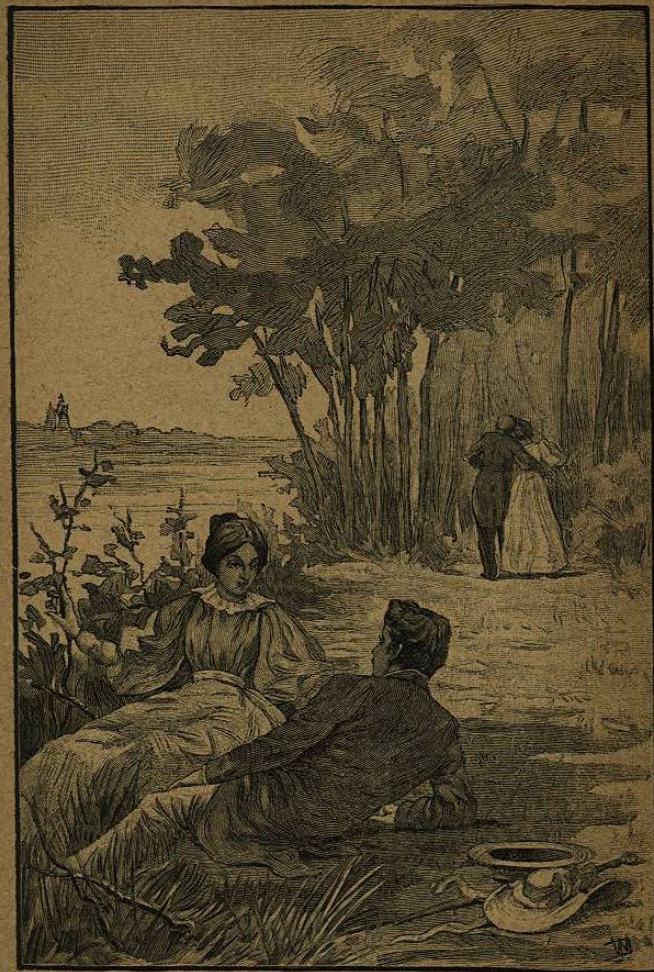
«Hace mucho tiempo, cuando yo era una mocita soltera, conocí á Beaurain un domingo, en el bosque donde hoy nos ha encontrado el guarda. Beaurain estaba de dependiente en un almacén de mercería; yo trabajaba en un taller de confecciones. Lo recuerdo como si fuese ayer. Algunos domingos por la tarde, veníamos á pasear por el bosque mi compañera Rosa Leveque y yo, que vivíamos juntas en la

calle Pigalle. Rosa tenía un amante; yo no. El amante de Rosa nos había enseñado estos lugares. Un sábado, me anunció, riendo, que al día siguiente le acompañaría un camarada. Comprendí sus propósitos, y le dije claramente que todo sería inútil. Yo era una joven muy juiciosa, caballero.

»Encontramos á Beurain en la estación. Era un guapo mozo en aquella época. Pero yo iba con el firme propósito de no ceder, y no cedí.

»Llegamos á Bezons. Hacía un tiempo magnífico; un aire templado, sutil, invitando á gozar. Esos días hermosos, ahora lo mismo que antes, me agitan y emocionan; y cuando estoy en el campo, al sol, ¡pierdo el juicio! La verdura, los pájaros que cantan, los trigos que forman una especie de oleaje meciéndose con el peso de las espigas, las golondrinas girando rápidas, el perfume de la hierba, la blancura de las margaritas, el rojo de las amapolas, ¡todo me anima, embriagándome, como el champagne á los que no tienen costumbre de beberlo!

»Hacía un día magnífico; ¡tan hermoso! ¡tan claro! que sus dulzuras penetraban por los ojos, por la boca, infiltrándose por todo el cuerpo. Rosa y Simón iban unidos, besándose á cada paso. Me daba... no sé qué, verlos. Beurain iba tras ellos, conmigo; y apenas hablábamos. No es fácil hablar con la gente



que no se conoce. Tenía el aspecto muy tímido y su turbación me agradaba.

»Llegamos así al bosque. Hacía un fresco delicioso, como un baño de placer, y nos sentamos los cuatro sobre la hierba. Rosa y su amante se burlaron de mi extremada seriedad; ya comprende usted que yo no podía mostrarme de otro modo.

»Luego, comenzaron á besarse nuevamente, sin que les preocupara nuestra presencia; después hablaron en voz baja y al fin, levantándose, fueron á esconderse tras unos matorrales, en silencio.

»¡Suponga usted la cara estúpida que pondría yo, frente á un joven desconocido, sola con él en un bosque! Fué grande mi confusión al ver que se alejaban, y para disimularla, hice un esfuerzo; resolviéndome á entablar conversación, preguntéle á mi acompañante á qué se dedicaba. Me contestó que al comercio de mercería, en clase de modesto dependiente. Hablamos un poco, y animándose, quiso propasarse conmigo, pero no se lo consentí; estuve con él inflexible. ¿Verdad, Beaurain?»

El señor Beaurain, que tenía los ojos fijos en las puntas de sus botas, confuso, desconcertado, nada respondió.

Y la señora repuso:

«—Entonces, comprendiendo que yo era una mu-

chacha juiciosa y honesta, comenzó á galantearme con finura, como un hombre bien intencionado. Desde aquel día nos acompañó todos los domingos. Enamoróse de mí, señor alcalde, y también yo le quería mucho, porque Beaurain era un guapo mozo, ¡quién lo diría!

»Nos casamos en Septiembre, y nos establecimos poco después en la calle de los Mártires.

»Al principio, nuestra vida fué muy trabajosa; el negocio no daba lo bastante, y no podíamos permitirnos la más pequeña expansión, el más insignificante recreo. Perdimos la costumbre de salir al campo los domingos. Teníamos otras preocupaciones. A los comerciantes nos preocupa más el dinero que las flores y los piropos. Envejecimos así, año tras año, sin darnos cuenta, como personas tranquilas que se preocupan muy poco de los goces amorosos. ¡No apreciamos nunca las dichas que tenemos á nuestro alcance; pero en cuanto se pierden...!

»Además, los negocios mejoraban de día en día: ya no teníamos que preocuparnos por el porvenir. Y... no puedo explicarme lo que me ocurrió..., ¡no me lo explico!

»Lo cierto es que me puse á delirar como una colegiala. Viendo las flores que venden las ramillete-

ras por las calles, sentía deseos de llorar. El perfume de las violetas, acosándome hasta el rincón de mi escritorio, apresuraba las palpitations de mi corazón. Interrumpiendo mis ocupaciones, asomábame á la puerta para contemplar el azul del cielo entre los canalones de los tejados. Cuando se mira el cielo desde una calle del centro de París, parece un largo y tortuoso río; y las golondrinas que revolotean, vienen y van como peces. No son propias de mi edad esas trivialidades necias, lo comprendo, señor mío; pero cuando se ha trabajado toda la vida, llega un momento en que se nos ocurre que pudimos emplearla de otra manera, y entonces, ¡oh! entonces lamentamos el placer perdido. ¡Imagínese que, durante veinte años, pude ir á recoger en el bosque flores y besos, como las otras, como iban otras mujeres! Comencé á preocuparme de la dicha que se disfruta recostándose á la sombra de la enramada, junto á un ser querido. ¡Y esa preocupación me obsesionaba día y noche! Veía en sueños la luna, reflejada en el río, dándome tentaciones de sumergirme, de llegar al fondo...

»Al principio no me atreví á comunicar á Beau-rain mis ansias, temiendo que se burlara de mí, que me recordase, por todo consuelo, mis obligaciones, mi tienda, mis hilos y mis agujas... Á decir

verdad, mi esposo no me parecía, como antes, el compañero apetecible para un delirio de amor; y mirándome al espejo, comprendía que yo tampoco estaba para inspirar pasiones á nadie.

»Me decidí al cabo, y le propuse un paseo campestre á través del bosque donde nos conocimos. Aceptó, condescendiente, sin imaginarse mis delirios; y llegamos á las nueve de la mañana.

»Me sentí rejuvenecida, trastornada, en cuanto puse los pies en los trigos. ¡El corazón de la mujer no envejece! ¡Y no vi á mi esposo como es: le vi como era en aquel tiempo! Se lo juro, caballero. Tan cierto es como la luz: ¡me sentí borracha de goce! Comencé á besarle amorosamente, y él, sorprendido, extrañado, me decía: «¿Te vuelves loca? ¿Estás loca? Pero, ¿qué te ocurre?» Yo no le oía: oía solamente las ansias de mi corazón. Le arrastré hacia el sotillo... y... ¡eso es! La verdad, señor alcalde, ¡toda la verdad!»

El sesudo alcalde, hombre de alegre humor, se levantó, y dijo sonriendo:

—Váyanse tranquilos. Aquí no ha pasado nada, señora. Pero no vuelvan á pecar... al aire libre.

